

30 años

de la Universidad Nacional de Quilmes

Reflexiones y semblanzas



Universidad
Nacional
de Quilmes

LA UNQ ME CAMBIÓ LA VIDA

Silvia Porro

Cuando en Quilmes se empezó a difundir el rumor de que se iba a abrir una universidad pública mi primera sensación fue de incredulidad, aunque debido a mi temperamento optimista comencé a ilusionarme con esa posibilidad. Hacía muy poco que me había doctorado en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde trabajaba con un cargo de dedicación exclusiva, y cada día (en tiempos de trenes no eléctricos) invertía como mínimo tres horas de mi jornada en viajar. Para una mamá divorciada con dos hijos preadolescentes era una situación complicada pero insalvable, vi-

víamos de eso y yo amaba la docencia y la investigación.

En algún momento de 1991 fui convocada, con otros colegas que trabajaban como yo en la Facultad de Ciencias Exactas (FCE) de la UNLP, a una reunión con la ingeniera Nélide Bonnier en la primera sede del Rectorado de la UNQ, en el centro de Quilmes. La ilusión se hizo realidad, la ingeniera Bonnier nos comunicó que la UNQ ya estaba funcionando, pero que solo se estaban dictando en algunas escuelas aquellas materias que no necesitaban usar laboratorios. Pero nos aseguró que a principios de 1992, la UNQ ya iba a poder disponer de las instalaciones de un predio en Bernal donado por la empresa textil Fabril Financiera.

¡Y así fue! En marzo de 1992 comenzamos con las clases de Química General dos veces por semana a la noche, y como laboratorio se acondicionó un espacio de la antigua casa 11. Los materiales para los trabajos prácticos los traíamos en tren desde la cátedra de Introducción a la Química de la FCE de la UNLP en unos cajoncitos de madera. El material era devuelto al otro día, así que con mis colegas nos decíamos

que no estábamos haciendo nada ilegal porque en definitiva todo era propiedad de las universidades nacionales.

¡Otro problema en el invierno fue el frío! Las casitas no tenían ningún tipo de calefacción, así que de noche eran verdaderas heladeras. En las teorías y seminarios lo solucionábamos dejándonos los abrigos puestos, pero para los parciales había valientes estudiantes de aquella primera cohorte que traían estufitas eléctricas para que los cerebros pudieran funcionar igual en aquellas condiciones.

¡Fueron épocas difíciles pero inolvidables!

A fines de 1992 se hicieron los primeros concursos, y así el 12 de diciembre de 1992 se pudo normalizar la UNQ, y eso nos permitió, a

quienes nos convertimos en las primeras personas con cargos ordinarios, renunciar a los puestos que teníamos en nuestras universidades de origen y dedicarnos de lleno a “construir” la UNQ.

No fue fácil dejar nuestros trabajos en universidades prestigiosas para embarcarnos en un proyecto nuevo y del que había mucha gente que desconfiaba (inclusive personajes de Bernal que tiempo después, y con la evidencia de que habíamos hecho las cosas bien, tuvieron que reconocer que la UNQ fue un acierto).

Abandoné la seguridad por la incertidumbre, pero estoy muy feliz de haber ayudado a fundar la UNQ y muy orgullosa de la institución en la que se ha convertido.